

## CAPÍTULO XIV.

## LOS APÓSTOLES Y LA IGLESIA.

Circunscribiéndonos al cuadro de M. Renan, y refiriéndonos á nuestros *Estudios*, donde hemos tratado estensamente este asunto<sup>1</sup>, solo diremos aquí algunas palabras; pero estas palabras serán, gracias á M. Renan, decisivas.

Lo que acabamos de ver de los apóstoles, bastaría ya para apreciar su juicio con respecto á ellos.

Debe añadirse, no obstante, que los barqueros de Genesareth que convirtieron al mundo, no hablaron solo á impulso de la sensación que les causó el acontecimiento de la resurrección, sino igualmente á impulso del espíritu de Jesús, del Espíritu Santo, que recibieron en el prodigio de Pentecostes y que quedó como el inspirador de la Iglesia.

Este prodigio que se refiere en los hechos de los apóstoles se nota mas en ellos, si cabe, que el de la resurrección. Preciso es que el Espíritu de lo alto descendiera sobre ellos y á ellos, puesto que vemos cómo los inspira. El prodigio se nota mas aún en el resultado que en el medio, pues, en efecto, el resultado supone é implica el medio, y un medio efectivo, realizado. Ahora bien, este prodigio del resultado se halla á nuestra vista. Es cierto en verdad, por la conducta, por la predicación de los apóstoles, por sus escritos que tenemos en nuestras manos y en los que hablan con nosotros, que estos oscuros barqueros de un reducido lago de la Judea llegaron á ser un día los doctores del mundo nuevo, y estos pescadores de peces, pescadores de naciones.

¿Y no es esto un prodigio? Seguramente y cual jamás lo hubo.

¿Cómo explicarlo?

¿Humanamente? Es imposible.

<sup>1</sup> Véase el tom. III, cap. XII, *De la Iglesia* y tom. IV, cap. VI *Establecimiento del cristianismo* y cap. VIII. *Estabilidad del cristianismo en la perpetuidad de su constitución católica*.

¿Por la efusión de una inspiración, de un aliento sobrenatural? Así es evidente; puesto que sentimos esa inspiración, que la vemos en ellos; puesto que habiendo salido de ellos, se ha propagado por todos los siglos y hasta el cabo del mundo se han oído sus palabras: *In omnem terram exivit sonus eorum*;<sup>1</sup> puesto que él mismo se anunció en ellos.

Aquí se hace palpable el objeto de la fé. Para verlo demostrado por el prodigio, no se trata ya de creer en los hechos de los apóstoles, cuya historia es indudable; basta tomar un Nuevo Testamento, abrirlo y leer las Epístolas de San Pedro, de San Juan y de San Judas, y finalmente, la epístola de Santiago que á los ojos de toda crítica filosófica y aun literaria, eclipsaría á Platon, si no la hiciera superior á comparación semejante la superioridad del espíritu que respira en ella.

Si busco otra explicación distinta que la bajada de este Espíritu sobre los apóstoles, no me es posible imaginarla.

Pero M. Renan viene en mi auxilio, á darnos una explicación, haciendo también con esto el oficio del argumentante que solo presenta objeciones para procurar la gloria de resolverlas.

Aquí ni aun habrá nada que resolver; bastará esponer.

Pero en primer lugar, ¿quiénes fueron primitivamente los apóstoles?

Fueron, “una buena gente.... Entre ellos no habia penetrado nada de lo que entendemos por civilización.... familias “de pescadores que formaban una sociedad grata y apacible.”<sup>2</sup> “—Todos aquellos de quienes se sabe algo, habian comenzado “siendo pescadores. En todo caso, ninguno de ellos pertenecía “á una clase social elevada. Solo Mateo ó Levi habia sido publicano; pero aquellos á quienes se daba este nombre en Judea, no eran como los llamados así en Roma, sino empleados “de baja clase.... Estas pobres gentes, relegadas de la sociedad se veían mutuamente”.... Tal era el grupo que rodeaba “á Jesús á orillas del lago de Tiberiades. En él se hallaba “representada la aristocracia por un publicano, por la muger “de un alcahalero. El resto se componía de pescadores y gente “comun. Su ignorancia era estremada, su entendimiento limitado, y creían en espectros, en apariciones y en espíritus. Ni

<sup>1</sup> Salm. XVIII.

<sup>2</sup> *Vida de Jesús*, p. 147 y 148.

<sup>3</sup> *Id.*, p. 159, 160 y 161.



"un solo elemento de cultura helénica habia penetrado en este primer cenáculo, y era muy incompleta en ellos la instruccion judía.<sup>1</sup>"

Hé aquí aquellos que reunió Jesucristo, ó mas bien que escogió, para llevar la nueva luz por toda la tierra. "No es posible dudar, dice M. Renan, que no eligiera él mismo entre sus discípulos, á aquellos á quienes se llamaba por excelencia los apóstoles ó los doce.<sup>2</sup>" — El mismo se lo decia: *Yo os he escogido y os he destinado para que vayais....*<sup>3</sup> Y San Pablo se complace en hacer resaltar este plan de la sabiduria celestial, que "eligió á los flacos del mundo para confundir á los fuertes, y á las cosas viles y despreciables del mundo y á aquellas que eran nada, para destruir las que son al parecer mas grandes.<sup>4</sup>"

Estas mismas pobres gentes son de quienes nos dice despues M. Renan: "Mateo fué el Xenofonte del Cristianismo naciente.<sup>5</sup> — Juan fué el biógrafo de Jesus, como Platon lo fué de Sócrates.<sup>6</sup> Pedro fué en este grupo de discípulos privilegiados, aquel á quien confió Jesus el cuidado de propagar su obra.<sup>7</sup>" ¡Pálidas asimilaciones! ¿Qué son, en efecto, qué fueron Xenofonte y Platon y el mismo Sócrates, comparados con los apóstoles, con Juan el pescador, que llegó á ser el Aguilá de Pathmos y que arrebató de entusiasmo, por la sublimidad de su vuelo, á los mismos platónicos?

Veamos ahora, cómo se verificó en ellos esta prodigiosa transformacion.

En primer lugar, no fué ni un desarrollo de su naturaleza, ni un accidente imprevisto de la inspiracion. Para testificar bien Jesucristo que él era su autor y dispensador supremo, se la predijó cuando era mayor su ignorancia y su oscuridad.

M. Renan conviene en ello. "Su plan era, dice, volver á echar las grandes pruebas despues de su muerte; no mostrarse completamente sino á sus discípulos confiando á estos el cuidado de mostrarle mas adelantado al mundo.<sup>8</sup>"

1 *Vida de Jesus*, p. 164.

2 *Id.*, p. 190.

3 San Juan, XV, 16.

4 Corinth, I, 27 y 28.

5 *Vida de Jesus*, p. 152.

6 *Id.*, p. 156 y 157.

7 *Id.*, p. 291.

8 *Id.*, p. 291 y 292.

¡Confiar á estos pobres ignorantes que solo manejaron hasta entonces redes el cuidado de demostrar al mundo de aquel tiempo, al mundo de los Nerones y de los Caligulas, la doctrina de Dios crucificado, que ellos mismos no comprendian entonces de modo alguno! ¿Cómo podia ser esto?—Es una locura concebirlo, si no es un milagro ejecutarlo, é implica una asistencia milagrosa.

Por esto, dice M. Renan, fiel narrador en todo ello de la historia evangelista: "el Espiritu Santo enviado por el Padre les enseñará toda verdad, atestiguando las que él mismo ha promulgado. Jesus se valia para designar este espiritu de la palabra *peraklit*, que parece haber tenido en su mente la significacion de "abogado consultor" y á veces la de "intérprete de verdades celestiales," de "doctor encargado de revelar á los hombres los misterios aun ocultos! ...." Que no preparen su defensa al verse arrestados y conducidos ante los jueces; el abogado celestial les inspirará lo que deben decir. El Padre les enviará de lo alto su espiritu, que llegará á ser el principio de todos sus actos y el director de sus pensamientos, su guía al través del mundo.<sup>2</sup>"

Todo esto es perfectamente lógico. Léjos de ser difícil de creer el prodigio de esta asistencia sobrenatural, sirve de auxilio para comprender el prodigio patente de la transformacion de los apóstoles y del buen éxito de su mision. Nosotros esperamos el acontecimiento de Pentecostés tal como se refiere en los hechos, mas que lo espera la fe de los apóstoles. Esta fe fundada en la resurreccion era ya racional; pero la nuestra, fundada además en la grande historia de la conquista del mundo por los apóstoles, no es ya fé, es la razon misma que reclama en cierto modo el prodigio de Pentecostés, como explicacion necesaria del de la conversion del género humano.

Es cierto que de ello resulta, que Jesucristo, que predijó y envió esta asistencia, obrando así la conversion del mundo con doce marineros, es Dios, ¿pero qué hacer y cómo sustraernos de ello? Si fuera artículo de fé, lo comprenderia; pero es artículo de razon, como todos los demas fundamentos del cristianismo. Y ¿quién quiere sacrificar su razon? Es preciso ser libre pensador para ello, y llevar la incredulidad hasta la credulidad mas bonachona.

1 *Vida de Jesus*, p. 298.

2 *Id.*, p. 310.



Véase si no.

"Jesus, dice M. Renan, anunció á sus discípulos un bautismo de fuego é inteligencia.... bantismo que estos *creyeron* recibir un día, despues de la muerte de Jesus, en forma de un gran viento y de mechas de fuego.<sup>1</sup>"

M. Renan no cree en estas *lenguas ó mechas de fuego*. Es muy libre en no creer; pero entonces fuerza es que nos explique de otra suerte la trasformacion de los apóstoles. Hácelo en efecto; pero ¿cómo? Creyendo y proponiéndonos creer en otra *lengua ó llama*, en otro prodigio, ó mas bien en una patente simpleza que ofende á la razon otro tanto como la satisface la comunicacion del Espiritu de Dios.

Despues de haber mostrado, en efecto, la crasa ignorancia de los pescadores Galileos, cree haber rechazado el argumento que se alza contra la incredulidad, con giros y rasgos de pluma, de esta suerte:—"El hermoso clima de Galilea (este mágico clima que ha formado á Jesus y al Cristianismo) hacia de la existencia de estos honrados pescadores un encanto perpétuo. No es fácil figurarse la embriaguez de una vida que se desliza así á la faz del cielo, la dulce y viva *llama* que anima este perpétuo contacto con la naturaleza, los sueños de estas noches que se pasan á la claridad de las estrellas, bajo una bóveda de azul de transparencia sin fin. Los claros y dulces ojos de aquellas almas sencillas contemplaban al universo en su ideal origen; el mundo reveló quizá su secreto á la conciencia divinamente lúcida de aquellos felices niños, cuya pureza de corazón mereció un día ver á Dios."<sup>2</sup>—Anteriormente M. Renan habia salido al encuentro de la dificultad con esta frase: "Podemos figurarnos á estas buenas gentes bastante parecidas á las de las mejores poblaciones del Libano, pero con el *don* que no tienen estas, de dar grandes hombres."<sup>3</sup>

He aquí, pues, cómo se propone á nuestra credulidad, que el clima de la Galilea hizo, con su *dulce y viva llama*, y con el *don de sus poblaciones de dar hombres grandes*, de Simon, de Juan, de Santiago y de otras simples gentes hasta el número de doce, los conquistadores evangélicos del universo.

Creed en esto, y quedareis á esta sola costa, es decir, á costa de vuestra razon, libres de la fe.

1 *Vida de Jesus*, p. 297, 298.

2 *Id.*, p. 165.

3 *Id.*, p. 149.

Pero esta razon no permite tal clase de burlas, sino que pregunta cómo esta *llama* y este *don* de la Galilea, naturalmente fecundo en grandes hombres, no produjo mas que doce en toda la serie de los tiempos. Pregunta cómo produjo á un tiempo mismo estos doce hombres, y cómo es que fueron precisamente los Apóstoles. Pregunta cómo tardaron estos grandes hombres en llegar á serlo, habiendo sido gente tan sencilla durante toda la vida de Jesucristo, y cómo no se desarrolló hasta *mas tarde* la personalidad de este hombre extraordinario que imprimió tan vigoroso giro al Cristianismo naciente, como dice de Juan M. Renan. Pregunta cómo es que este singular *mas tarde* es precisamente el tiempo en que predijo Jesucristo que aconteceria esto, y en el que colocan los Apóstoles el acontecimiento sobrenatural á que hacen remontar su saber.—Pregunta cómo es también que precisamente, cuando dejaron el clima *inspirador* de Galilea fué cuando llegaron á ser grandes hombres, y cómo lejos de su país, en Jerusalén, en Antioquia, en Corintio, en Efeso, en Atenas, en Roma, entre los filósofos, ante los magistrados, en medio de las muchedumbres enemigas, bajo el hacha de los verdugos, solamente entonces fueron tan ilustrados, tan superiores, tan persuasivos y tan intrépidos.—Pregunta si la espresion de *grandes hombres* aplicada á gentes tan inferiores y superiores á este carácter, no acusa por sí sola, con su impropiidad y su disonancia, á la incredulidad que rehusa ver en ellos órganos naturales de la revelacion.—Pregunta, en fin, cómo estos mismos hombres *de claros y dulces ojos, de conciencia divinamente lúcida, á quienes les mereció la pureza de su corazón un día ver á Dios*, no habian de haber sido mas que una compañía de farsantes, fingiendo inspiracion y don de lenguas, y cómo habia de haber sido todo el universo y seria aun en el día victima y objeto de esta farsa.

Esto es todo lo que pregunta la razon á vosotros sus pretendidos apóstoles, que no haceis mas que sobornarla y á quienes ella principia en fin á conocer.

La razon ha elegido ya entre los apóstoles de la fe y los apóstoles de la incredulidad.

M. Renan habla poco de la Iglesia en su libro. Sin embargo, lo que dice de ella, debe recogerse como confesion.

"Jesus, dice, echa con gran *seguridad de miras* las bases de

1 *Vida de Jesus*, p. 156.



“una Iglesia destinada á durar mucho.<sup>1</sup> Los doce, formaban “un grupo de discípulos privilegiados en que guardaba Pedro “su primacía enteramente fraternal, y al cual confió Jesús el “cuidado de propagar su obra.<sup>2</sup>”

No se puede espresar mas exactamente:—la institucion y los destinos de la Iglesia;—la primacía pontificia;—y en fin, la direccion suprema conferida, adherida á esta primacía.

Añadiré que no hay cosa mejor ideada, á no admirarse de esa maravilla que presenta la Iglesia subsistiendo y resistiendo en su debilidad natural, despues de diez y ocho siglos de asaltos, si es que no se ve en ella la fuerza misma de Dios. Cuando la incredulidad cree poder negar lo sobrenatural, no deja pasar un mosquito; cuando está sobrado manifesto, se traga un elefante.

M. Renan confiesa ó reconoce igualmente la tradicion.

“Jesús guardaba para los doce evidentemente secretos que “les prohibia comunicar á todos.... Lo cierto es que tenia para los apóstoles enseñanzas reservadas<sup>3</sup>.... Inútil será observar cuán lejos estaba del pensamiento de Jesús la idea de “un libro religioso que contuviera un código y artículos de fe. “No solamente no escribió, sino que era contrario al espíritu de “la secta naciente hacer libros sagrados.... En un principio “tuvieron los Evangelios un carácter privado y una autoridad “mucho menor que la tradicion<sup>4</sup>.... Trataba de establecer de “todas maneras como principio que él mismo era su apostolado.<sup>5</sup>”

Sin embargo, M. Renan no admite que hubiese en la enseñanza de Jesús rastro ó señal alguna de moral aplicada, ni teología alguna, ni ningún símbolo ni ningún sacramento.

Pero contra semejante negacion, se levantan todos los testos evangélicos.

En ellos se ve y se lee manifestamente.

La *Trinidad* en la noción tan multiplicada del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y su intervencion distinta y una en la obra de la salvacion humana. El Padre que envia, el Hijo que se ofrece y que viene, el Espíritu Santo que debe venir: los tres manifestados sensiblemente en el Bautismo de Jesucristo, donde el Padre proclama en él al Hijo de sus complacencias, y

1 *Vida de Jesús*, p. 290.

2 *Id.*, p. 291.

3 *Id.*, p. 291 y 292.

4 *Id.*, p. 299.

5 *Id.*, p. 294.

donde el Espíritu Santo descende sobre él en figura de paloma.<sup>1</sup>

La *Encarnacion*, en la angélica escena de la *Anunciacion* y en la sublime genealogía del *Verbo hecho carne*.<sup>2</sup>

La *Redencion* en todos aquellos pasajes en que habla el Salvador de su sacrificio en términos de espiacion universal, segun los cuales lo habian anunciado las profecías, y en que llama á su sangre *la sangre de la nueva Alianza que debe derramarse por la remision de los pecados*.<sup>3</sup>

La *Resurreccion de los muertos*, en estas palabras de aquel que se anunciaba ser la *Resurreccion* misma. “Todos los que “estén en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios, y los que “hubieren hecho obras buenas, resucitarán para la vida, mas “los que las hubieren hecho malas, resucitarán para la condenacion.<sup>4</sup>

“El *Juicio*, en aquel gran tribunal en que “viniendo el Hijo “del Hombre revestido de su magestad y todos los ángeles con “él, se sentará en el trono de su gloria, y se congregarán delante de él todas las gentes, y separará los unos de los otros, “como un pastor separa las ovejas de los cabritos.<sup>5</sup>

“El *Paraiso*, en el que hace entrar Jesús al morir al buen ladron y que es ese *Reino* de Dios preparado para sus escogidos desde el origen del mundo.<sup>6</sup>

“El *Infierno*, representado con tanta frecuencia bajo la terrible imagen de aquellas tinieblas exteriores donde habrá llantos y rechinar de dientes, y de aquel fuego eterno inestinguible, preparado para el diablo y sus ángeles.<sup>7</sup>

El *Bautismo*, “id y bautizar á todas las naciones en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.<sup>8</sup>”

La *Confesion*, “aquellos á quienes remitiéreis ó perdonáreis “los pecados, les serán perdonados, aquellos á quienes se los “retuviéreis, les serán retenidos.—Todas las cosas que atáreis “ó desatáreis sobre la tierra, serán atadas ó desatadas en el “cielo.<sup>9</sup>

1 San Márc. I, 10.—San Juan, I, 32.

2 San Lúe., I, 26.—San Juan, I y 14.

3 San Mat., XXVI, 28.—San Márc., XVI, 24.

4 San Juan, V, 28 y 29.

5 San Mateo, XXV, 31, 32.

6 San Lúcas, XXIII, 43.—San Mateo, XXV, 31.

7 San Lúcas, XIII, 28.—San Mateo, VIII, 12; XXV, 34.

8 San Mateo, XVIII, 19.

9 San Mateo, XVIII, 18.



La *Eucaristía*, "Tomad y comed, éste es mi cuerpo, tomad y bebed, esta es mi sangre.—Mi cuerpo es verdaderamente vida, mi sangre verdaderamente bebida: haced esto en memoria mía!"

El *Orden*, "En ese poder privilegiado de bautizar, de perdonar los pecados, de hacer conmemoración de la cena, y en el de instruir á las naciones y enseñarles á observar todo lo que había ordenado Jesucristo."

El *Matrimonio*, cuya indisolubilidad se restablece por el plan primitivo de la creación, con estas palabras: "No separe el hombre lo que Dios unió."

Forzoso nos es concretarnos, y esta rápida exposición de los textos evangélicos basta para dejar en su verdadero valor la aseerion hecha tan á la ligera por M. Renan.

Los apóstoles divinamente inspirados; la Iglesia asistida de un modo sobrenatural; la fuente evangélica de sus enseñanzas y de sus sacramentos; todos estos puntos de nuestra fé están pues vengados, y su verdad resalta de un modo patente y brillante de las confesiones ó de la impotencia de la incredulidad.

1 S. Luc. XXII, 19.

## CAPÍTULO XV.

LA VIRGEN MARÍA, MADRE DE DIOS Y MADRE DE LOS HOMBRES.

La Encarnación es el dogma inicial del cristianismo. Los demás misterios, el Apostolado, la Eucaristía, la Muerte, la Resurrección y la Ascension del Hijo de Dios, son solo el desenvolvimiento y la consumación del designio que comenzó desde entonces. En ella están todos contenidos; y al romperse sobre la Cruz, según la opinión de un Santo Padre, la vida del Salvador, concebida en el seno de María, derramó ó difundió para la redención del mundo, el precio que ocultaba desde el principio.

Este precio traído del cielo ha sido atraído en María pero no sin María, por una operación celestial, pero no sin su cooperación virginal, no sin el Fiat de su fé, de su amor, de su pureza immaculada.

La importancia de la Virgen Madre se mide desde entonces por este misterio de los misterios de que ella fué voluntario y digno instrumento. El nombre de Hijo, que es la cualidad propia del Redentor, y que es única en él como su persona, en sus dos naturalezas divina y humana, este gran título de Hijo del Hombre que él se daba con preferencia aun al de Hijo de Dios; que lo llevó consigo á la gloria y que traerá un día al Juicio final del universo, llama al de la Madre, á la cual corresponde en la tierra, como al del Padre en los cielos. Refleja su magestad y su gracia sobre esta maternidad virginal que él implica, y á la cual comunica en la eternidad de su predestinación como en la de su gloria, su soberana y misericordiosa actividad.

Todo el cristianismo dogmático, evangélico é histórico, puede considerarse así con relación á la humilde María, Madre de Dios y Madre de los hombres. Así hemos tratado de demostrarlo en los *Nuevos estudios filosóficos sobre la Virgen María en el plan divino; la Virgen María según el Evangelio, y la Virgen María viviendo en la Iglesia.*